

## ¿UN MANUAL RELIGIOSO EN UNA NOVELA DE AVENTURAS? *EL ENQUIRIDIÓN* DE ERASMO Y SU INFLUJO EN EL *CLAREO Y FLORISEA* DE NÚÑEZ DE REINOSO.

El estudio de las fuentes literarias en las que bebe un escritor, en especial si apenas conocemos datos reveladores de su vida y obra, constituye, en mi opinión, uno de los factores determinantes para comprender en su justa medida el análisis de sus textos. La presencia significativa de un autor en la obra de otro demuestra no sólo el evidente interés que el primero despierta en su imitador sino que revela, en ocasiones, el papel que éste desempeña en esos momentos, la mentalidad de una época y las circunstancias que debemos tener en cuenta para llegar a interpretarla acertadamente.

Atendiendo a estas razones, es innegable la presencia viva de Erasmo en la literatura europea del siglo XVI (menciono únicamente esta faceta y esa época porque a ellas voy a referirme en estas páginas). La mayoría de sus obras gozaron durante algún tiempo de la fervorosa acogida del público lector —sobre todo de ciertos sectores de intelectuales y religiosos—. Una de ellas, *El Enquiridión o manual del caballero cristiano*, será traducida «al inglés (1518), checo (1519), alemán (1520), holandés (1523), francés (hacia 1525) e italiano (1531). Pasan de 150 las ediciones conocidas, ya en latín ya en otras lenguas, siendo su inmensa mayoría del siglo XVI»<sup>1</sup>. El éxito fue, por tanto, inmediato. Entendido como un manual destinado a corregir vicios y animar la propia existencia en la búsqueda de Dios, sus ideas fueron aceptadas y seguidas por los diferentes círculos religiosos (cristianos, alumbrados, conversos...) y por todas las capas sociales en general. «Tenía eficacia el libro, continúa Bataillon, por lo mismo que adoptaba el tono popular e íntimo en vez del erudito y doctoral; coincidía profundamente con las aspiraciones del momento por su anhelo de llevar a la práctica social e internacional los preceptos evangélicos; y por fin su elocuente protesta contra el fariseísmo de las devociones menudas, la arrogante vanidad de la escolástica degenerada y el formalismo monástico.»<sup>2</sup>.

Aunque leído en latín probablemente desde mucho antes, en España el *Enqui-*

---

1 Bataillon, M., en su *Introducción a El Enquiridión o manual del caballero cristiano* de Erasmo de Rotterdam, Madrid, CSIC, 1971, p. 14.

2 *Ibidem*, p. 14.

*ridi*ón es traducido por Alonso Fernández de Madrid, conocido como el Arcediano de Alcor, en el año 1526 y suscitó inmediatamente desde las críticas más acérrimas a los más encendidos aplausos, marcando un periodo de nuestra historia religiosa. Por un lado, la defensa del Emperador y de destacados intelectuales convertía a su autor en auténtico apóstol de la fe; por otro, el ataque frontal de los círculos más conformistas acabó prohibiendo la publicación de la obra y reduciéndola al silencio más absoluto.

Las enseñanzas que se derivan de la lectura del *Enquiridion* y, sobre todo, la conclusión final que no entiende el monacato como el estado de perfección inmediata para aquél que accede a él, unido a la sugerencia, por tanto, de que la vocación adecuada del hombre no tiene que ser forzosamente religiosa ya que el hábito, a veces, también es motivo de injusticias e impiedades, abrían un peligroso debate sobre el comportamiento del clero en esta época.

La espiritualidad española reaccionó, pues, de manera desigual. Aunque resulta una tarea ardua estudiar el influjo de Erasmo en los escritores de la mística española (Íñigo de Loyola, Teresa de Jesús o Luis de León), no caben tantas dudas a la hora de demostrar su empuje en los ambientes literarios y universitarios —Alcalá, Salamanca, Sevilla—, lo que suponía la propagación y conocimiento de sus enseñanzas. Recordemos cómo Juan de Valdés, amigo y discípulo de Erasmo, alude a la obra de éste en su *Diálogo de la lengua* (1529), reflejando así el interés que produjo en ciertos sectores:

M.—Dexáos desso, tornad a vuestros libros y dezir cuál es el otro romançado de latín que os contenta.

V.— El *Enquiridión* de Erasmo que romanço el Arcidiano del Alcor, que a mi parecer puede competir con el latino en quanto al estilo.»<sup>3</sup>

Sin embargo, si Juan de Valdés hubiese sabido que un escribano (recurso literario utilizado por él para delimitar la acción de su relato) anotaba fielmente las confesiones hechas a sus amigos no hubiera afirmado lo mismo en 1548, año de las primeras prohibiciones de la obra de Erasmo, y mucho menos en los siguientes. «Después de 1559 serían contadísimos los que se atreviesen a tener en su casa el *Enquiridión*. Por lo menos no se encontraría en la biblioteca de ningún letrado o escritor, gente en la que naturalmente recaían las sospechas inquisitoriales.»<sup>4</sup>

Así pues, lo que hasta entonces se consideró un manual para vivir en la fe de Cristo y en el seno de su Iglesia, aceptado por la inmensa mayoría y editado continuamente en toda Europa, con el tiempo se convirtió en España en un libro prohibido por la Inquisición y atacado por las órdenes y autoridades eclesiásticas. No obstante, tuvieron que transcurrir aún algunos años antes de censurarse su publicación

3 Valdés, Juan de, *Diálogo de la lengua*, ed. Cristina Barbolani, Madrid, Cátedra, 1982, p. 246.

4 Bataillon, M., *op. cit.*, p. 65.

definitivamente y será en esta época cuando dejará huella imborrable entre los pensadores, filósofos y escritores que la leyeron.

Sin embargo, la cuestión que ahora nos ocupa consiste en tratar de demostrar las posibles relaciones existentes entre un manual repleto de enseñanzas religiosas y una narración de origen bizantino salpicada de referencias al mundo de la caballería andante y de los ambientes pastoriles. Nos referimos al *Clareo y Florisea*, la enigmática novela que el escritor de Guadalajara, Alonso Núñez de Reinoso, publicó en Venecia el año 1552 y sobre la que ha recaído un inexplicable silencio por parte de la crítica. Este relato, inicio de la novela bizantina española que será imitada posteriormente por Lope de Vega (*El peregrino en su patria*) y Cervantes (*Persiles y Sigismunda*), refiere las aventuras de estos dos amantes a las que se añade en los últimos capítulos la historia de las hazañas del caballero Felesindos de las que más adelante hablaremos. Influida por el panorama narrativo enriquecedor (novela sentimental, de caballerías, picaresca, morisca, pastoril...), llama la atención la presencia en un relato de estas características de referencias sacadas de un libro religioso. Ambos relatos difieren inicialmente y, por tanto, puede parecer caprichoso plantear esta cuestión, razón por la que no se han advertido las posibles relaciones existentes entre ambas.

—I—

No obstante, la idea no debe resultarnos tan disparatada si reparamos en la portada del *Enquiridión*, concretamente aquella que adorna la portada de la edición de Valencia del año 1528. En ella observamos el galope de un hermoso corcel a lomos del cual cabalga un caballero, espada en mano, dispuesto a arremeter contra unos personajes que le impiden el paso. Jinete y caballo aparecen engalanados por una repetición desmedida de signos que representan la cruz (símbolo inequívoco de la fe cristiana), al tiempo que en la grupa del caballo puede leerse: «Virtus es».

La caballería andante que con el tiempo adquirirá elementos de carácter religioso (*El caballero del Sol* (1552) de Hernández Villumbrales o la *Caballería celestial del Pie de la Rosa Fragante* (1554) de Jerónimo de San Pedro serían algunos ejemplos contemporáneos al *Clareo*) tiene aquí su inmediato punto de referencia. La imagen simbólica nos transporta enseguida al recuerdo literario. La andante caballería es sustituida por las normas de la virtud que se identifican con un caballero en posición de combate. Ahora bien los enemigos a los que éste se enfrenta no son horribles gigantes, ni monstruos desconocidos, ni siquiera despreciables hechiceros sino que simbolizan las tres potencias del mal frente a las que «el caballero cristiano» debe enfrentarse. Un horrible DEMONIO, con colmillos acerados, garras afiladas y extrañas alas, sostiene en su mano derecha una circunferencia que representa el MUNDO, separado en continentes, y a su lado una hermosa doncella en actitud complaciente (la CARNE) esperan la llegada del caballero. Mundo, demonio y carne, aliados para derrotar al virtuoso jinete que resume la fe de Cristo, nos introducen en el contenido del libro.

La elección de la imagen del caballero no debe sorprendernos porque, además de las reminiscencias literarias que suscita, hay que añadir las continuas referencias al mundo bélico que se repiten en el *Enquiridión*. Por ello, se habla de caballero cristiano, de «milites», de esfuerzo casi heroico ante la lucha simbólica que debe sostenerse contra el mal. Así, en el capítulo II leemos: «En las guerras que pasan entre los ombres, muchas vezes pueden los cavalleros descansar, o quando es invierno y no hace tiempo de estar en el campo, o entretanto que duran las treguas. Mas en esta nuestra pelea, todo el tiempo que en el cuerpo bivimos, ni un solo momento nos cumple dexar las armas. Siempre es necesario estar en el campo, y aun a punto de guerra, y siempre traer escuchas y velas, porque nunca nuestro enemigo descansa.»<sup>5</sup>

El símil entre la caballería y los preceptos religiosos viene como anillo al dedo para explicar la actitud atenta que debe mantener el cristiano, constantemente acechado por las fuerzas demoníacas. Las amenazas de estos tres enemigos hacen obligada la existencia de una serie de defensas, de remedios liberadores que equilibren el esforzado combate diario. Y es precisamente ésta la labor que Erasmo se ha encomendado: redescubrir una serie de preceptos procedentes de la bondad divina mediante los cuales un creyente puede vencer al pecado mortal.

«Mas porque no te acovardes ni receles de seguir el camino de la virtud, por parecerse áspero y desabrido, assí por pensar cómo has de dexar los plazerres del mundo y renunciar al provecho que consigo diz que trae, como también por obligarte a sostener guerra continua con aquellos tres enemigos tan pesados y importunos como son la carne, el diablo y el mundo, para remedio desto has de poner delante tus ojos esta tercera regla y es: que todos los espantos, temores y fantasias, que luego a la entrada deste camino se te ofrecieren, hagas cuenta que no son nada, ni pienses que es razón hazer caso dellos; sino, teniéndolos en muy poco, passes por ellos, como muestra Vergilio que hazia áquel su Eneas que atravesando por el infierno, de camino para otro lugar muy deleytoso y de grandísimo descanso.»<sup>6</sup>

Sin duda, el editor del ejemplar valenciano entendió que este pasaje resumía perfectamente la intención de Erasmo y procuró que la portada recogiese la inminente embestida del caballero cristiano contra los peligros existentes. Y en verdad, el episodio encierra un gran interés no sólo por las referencias, dentro de los preceptos de la doctrina cristiana, a las fuerzas del mal sino porque éstas se encuentran «a la entrada deste camino» que simboliza el camino de la vida por el que se desliza el caballero y además porque la única salida victoriosa consiste en hacer caso omiso a estos extraños para no caer en la tentación del pecado y sucumbir a sus mortales redes.

Por último, también es interesante destacar en este pasaje el hecho de que el caballero cristiano del Renacimiento se esfuerce en afrontar unos trabajos semejantes a los llevados a cabo por Eneas. Virgilio y la alusión explícita al suceso virgiliano en

5 *Ibidem*, p. 126.

6 *El Enquiridión*, op. cit., Regla III, p. 207.

el que el errante protagonista desciende a los Infiernos en una de cuyas estancias se encuentra su padre Anquises son los protagonistas finales del episodio.

Por tanto, y resumiendo, advertimos en este pasaje correspondiente a la Regla III del *Enquiridión* cuatro ideas que debemos tener presentes:

- 1.—los enemigos del cristiano son tres: el mundo, el demonio y la carne.
- 2.—estas fuerzas del mal acechan a la entrada de un camino alegórico la llegada del caminante peregrino por la vida.
- 3.—es necesario, para salir airoso de tamaña empresa, despreocuparse de sus deseos y hacer caso omiso de sus intenciones.
- 4.—también Eneas estuvo a punto de sucumbir ante tamaño peligro pero finalmente consiguió vencerlo.

Traslademos ahora la acción al capítulo XXXI del *Clareo y Florisea*. En él, Felesindos de Trapisonda e Isea —los dos protagonistas del relato— han llegado a la casa del sabio Rusismundo, el único capaz de desvelarles el lugar en el que se encuentra prisionera la princesa Luciandra. Pero antes de emprender camino, nuestro joven caballero debe descender a los Infiernos de la mano de Rusismundo. Así pues, al igual que Eneas y otros héroes clásicos, Felesindos se dispone a encarar la más difícil de las aventuras. Una vez concluido el recorrido felizmente y de vuelta a casa, Rusimundo aconseja a Felesindos en los siguientes términos:

«Ya habeis visto, señor Felesindos de Trapisonda, todas las cosas pasadas, por las cuales quiero que entendais de cuan gran importancia es llegar á la casa del Descanso, y cobrar á Luciandra, porque quien no la cobrâre, aportará á aquellas moradas del Gran Pluton, y quien fuese tan esforzado que llegue á ella irá en aquellos Campos Eliseos, que senifican aquella soberana gloria que Dios a los buenos tiene prometida. Pero para alcanzalla *no es menester tener amistad con el mundo, ni con la carne ni con el enemigo mortal*, ni con sus compañeros, que son *aquellos que os saltearon a la entrada destas mis moradas*, por impedir vuestro camino, y porque siguiéredes su bandera y así lo harán muchas veces; *pero vos, como buen caballero que sois, os defendereis dellos y de sus cosas*, porque son perecederas, y que os llevarán a aquellas tristes moradas que vistes. Y por agora no tenga nada más que deciros...»<sup>7</sup>

El subrayado es nuestro y obedece a una fácil explicación si lo relacionamos con los cuatro puntos considerados en líneas anteriores. Al margen de cualquier interpretación alegórica sobre los personajes y lugares citados, este pasaje guarda relación con el tomado del *Enquiridión*.

En primer lugar, este caballero andante que después de innumerables aventuras se afana por liberar a la princesa Luciandra recibe un consejo del sabio. Si quiere llegar a la casa del Descanso tendrá que vencer a sus terribles enemigos. Y precisamente estos enemigos responden a los nombres conocidos de Mundo, Demonio y Carne.

7 Núñez de Reinoso, A., *Historia del Clareo y Florisea y los trabajos de la sin ventura Isea, natural de Efeso*, (la citaremos para abreviar como H.C.F.) en *Novelistas anteriores a Cervantes*, Madrid, Atlas, BAE, n.º 3, 1975, p. 466.

Ahora bien, estas supuestas fuerzas negativas cuentan con la ayuda de unos compañeros de viaje con los que el caballero Felesindos ya había trabado combate «a la entrada» de las moradas de Rusismundo. De esta nueva circunstancia hablaremos más adelante. Baste advertir la similitud de acciones que presentan ambos pasajes. Y mientras que el «milites» cristiano se enfrenta «a la entrada de este camino con sus feroces enemigos», el protagonista del relato de Reinoso se ha batido «a la entrada» de las posesiones del sabio con los compañeros de sus tres oponentes. El camino de la vida erasmiana aparece resaltado como un patrimonio literario tan común que guarda un cierto parecido con el interpretado por Núñez de Reinoso en su *Clareo*.

Al mismo tiempo, Rusismundo advierte a su caballero que es imprescindible salir airoso de esta aventura porque su culminación supone el acceso a la casa del Descanso. Todo ello, además, tiene lugar dentro de un marco que procede de la antigüedad clásica y, más concretamente, de la *Eneida* de Virgilio que está presente en el texto a través de la bajada al infierno protagonizada por Felesindos e Isea. Por consiguiente, en este pasaje se cumplen los cuatro puntos centrales que destacábamos en la Regla III del *Enquiridión*.

Pero aún hay más. Señalábamos anteriormente que las tres potencias del mal se servían de una serie de compañeros que ya se habían enfrentado al caballero andante. Así es. En el capítulo XXX y cuando se dirigía a la casa de Rusismundo «cercaron á Felesindos diez enemigos, ocho mujeres y dos hombres». Éstos le ofrecen todas las riquezas y deseos al caballero intentando convencerle para que desista de continuar su camino. Felesindos se niega y debe sufrir sus acometidas:

«Ellos tornaron con muchas razones a persuadirle que no hiciese tal camino; y viendo aquellos malos enemigos que no lo queria hacer, lo comenzaron á combatir fuertemente; y, según él después me contaba, jamás se vido en mayor afrenta, porque le parecia unas veces que lo despedazaban; otras, que lo metian en furia y cólera; otras, que lo ponian en gran deseo de guardar y ajuntar tesoros, sin hacer ningun caso con ellos; otras, que lo ponian en desear damas y mujeres de toda suerte; otras, en hacello afeminado y vicioso; otras, en roerse todo, y maldecir su ventura, y desear más á los prosperos, y pesalle con sus bienes, otras, en desear de comer delicadas viandas, y en beber buenos vinos; otras, en buscar camas y lugares quietos y oscuros para siempre dormir; otras, en procurar vanas glorias, honras, estados, mandar, regir, gobernar. Asi que, finalmente, todas estas cosas lo combatian.»<sup>8</sup>

La encarnizada lucha se resuelve por fin del lado del caballero que se defiende con entereza gracias a la ayuda de su amigo, el Sufrimiento. Reinoso da fin al capítulo asegurando al lector que «adelante os dirán quiénes eran, y la razón por la que nos salieron al camino.»<sup>9</sup>

El enfrentamiento que ha tenido lugar no representa un contacto físico directo.

8 *H.C.F.*, p. 465.

9 *Ibidem*, p. 465.

Los enemigos esgrimen unas armas simbólicas y de ahí que Felesindos recurra para salir adelante al Sufrimiento. Además, el envite al que se ve obligado a acudir nuestro héroe escapa incluso a la comprensión del propio caballero como explica la misma Isea: «y según él después me contaba, jamás se vido en mayor afrenta, por que le parecia...»<sup>10</sup>. La aventura surge de un mundo de sensaciones, irreal, que solamente tiene lugar en el interior del ser humano y por tanto se relaciona con su espíritu.

Los diez enemigos, divididos en dos grupos diferenciados por el autor, representan las fuerzas del mal. El Mundo, el Demonio y la Carne serían «los tres principales que comenzaron á rogar a Felesindos que dejase aquel camino», los siete restantes aluden a los siete Pecados Capitales que corrompen la fe de los cristianos, las siete tentaciones que enferman el cuerpo místico.

Si releemos con detenimiento el pasaje advertiremos, por orden de aparición, las alusiones al pecado de la ira, la avaricia, la lujuria, la envidia, la gula, la pereza y la soberbia que combaten alegóricamente al caballero regalándole, convertidos en deseos, cada una de las viciosas pasiones que encarnan. De manera que Felesindos se debate ante la posibilidad de una existencia rodeada de lujos y riquezas que le ofrecen sus enemigos y la perseverancia que ha de conducirle a la casa del Descanso.

En la Regla XVII del *Enquiridión*, Erasmo trata de los remedios que el creyente debe aplicar a su espíritu al verse amenazado por las tentaciones. La pasión de Cristo y su muerte en la Cruz indican el comportamiento a seguir, un fiel ejemplo para no sucumbir a los vicios. El Sufrimiento padecido por el Redentor servirá como compañero de nuestro caminar por la vida teniendo la vista puesta en él «porque ninguna tentación ni otra adversidad se puede pensar que en la cruz de Jesu Christo no tenga su propio remedio»<sup>11</sup>. Continuará Erasmo ejemplificando la tesis planteada y tomando como punto de referencia los vicios que con frecuencia acechan el ánimo del creyente a los cuales se antepone la pasión redentora de Cristo:

«Quando te tentare la ambición de este mundo y te viniere un deseo de valer, poder y de mandar... Quando te retentare la pasión de la invidia... Quando la gula te combatiere... Quando de algún torpe deleyte fueres tentado, quando la yra te conmoviere... Si mucho te congoxa la pobreza o te pone solicitud la cobdicia de tener más...»<sup>12</sup>

A partir de este momento y decididamente en la Regla XXII de su libro, nuestro autor nos irá ofreciendo aquellos consejos que el cristiano debe oponer a los vicios que corroen el espíritu. De esta manera, se ofrecen algunos remedios contra la lujuria (p. 379), la avaricia y cobdicia (p. 389) contra la ambición y cobdicia de honra (p. 396), contra la soberbia y altivez del corazón (p. 399) y contra la ira y apetitos de venganza (p. 401). Estos apartados ocupan las últimas páginas de la obra y suponen el broche definitivo con el que Erasmo da por finalizado su empeño en ayudar a su amigo.

10 *Ibidem*, p. 465.

11 *El Enquiridión*, op. cit., Regla XVII, p. 355.

12 *Ibidem*, pp. 370-371.

El de Rotterdam dedicó buena parte de su libro a descubrir cuáles eran los enemigos mortales del hombre. A través de ellos y caracterizándolos dentro de un ambiente caballeresco muy del momento procuró ofrecer al lector ejemplos para bien vivir y advertencias morales para no ofender a Dios y poder gozar de su presencia. Todo ello tiene un marco bélico, de enfrentamientos constantes, de batallas desiguales que recuerda literariamente la figura del caballero andante. En este escenario tan adecuado para la ocasión, el Felesindos de Núñez de Reinoso se enfrenta a los enemigos del espíritu en una batalla diferente. Tan sólo su amigo el Sufrimiento le acompaña en semejante trance pero su esfuerzo es suficiente para repeler la agresión y continuar la marcha. Llegados a las moradas del sabio, éste les desvelará la identidad de sus asaltantes y el motivo del ataque y advertirá a Felesindos del peligro que corre y de que estos enemigos están siempre al acecho. De igual forma, el «milites» cristiano ha de conocer a los contrincantes que velan día y noche dispuestos al ataque. Sirvanos la pasión sufrida por Cristo en la Cruz como ejemplo primero para repeler las viciosas agresiones.

Estos episodios de carácter alegórico que en ocasiones salpican de un nuevo contenido la segunda parte del *Clareo y Florisea* han constituido el motivo central de una serie de trabajos en los que se pretende descubrir la posible existencia de una nueva lectura de la obra. No pretendo entrar en este aspecto que, sin duda, nos apartaría de nuestro análisis. Sin embargo, creo que no debe sorprendernos demasiado esta interpretación que sugiere la lectura del *Clareo* si tenemos en cuenta las explicaciones en clave que Reinoso nos ofrece de su novela en una carta dirigida a Juan Micas, el mecenas a quien dedica su obra.

La citada carta, que aparece al frente de sus composiciones líricas y por tanto en la segunda parte del libro, constituye una prueba más del agradecimiento a la persona del ilustre «marrano» portugués pero encierra, además, una velada referencia al contenido último de la novela. Todo lo escrito, viene a sugerirnos el alcarreño, debe entenderse atendiendo a unos presupuestos muy concretos porque encierran graves secretos que son necesarios desvelar. Así, debajo de cada personaje puede esconderse la representación de un vicio concreto y cada situación fabulada reúne una enseñanza para bien vivir.

Por ejemplo, advierte el de Guadalajara, «¡qué otra cosa es fingir los poetas la batalla de los gigantes, sino mostrar los hombres que viven sin razón!, y que otra cosa es Midas, sino mostrar el insaciable deseo de los avaros! y qué otra cosa es Anteon tornado en ciervo, comido y despedazado de sus perros, sino mostrar los hombres viciosos y desbaratados! Pues Cineo, que trayendo las armas como un diamante, y no pudiendo vencer los centauros, habiéndolo ahogado con árboles y peñas que echaron sobre él, y convertirse en águila, ¡qué otra cosa es sino mostrar la fama que los valerosos y grandes dejaran de sí, como aquel gran SEÑOR DE EGIP-TO con sus grandes obras y grandezas dejara para siempre jamás! Y así todas las cosas de aquesta historia tienen secreto.»<sup>13</sup> E inmediatamente, Reinoso nos va descifrando

13 H.C.F., p. 431.



las claves a través de las cuales es preciso interpretar el significado real de los personajes que aparecen en su obra: «porque por Florisea y Clareo, se entiende cuán obligados son los casados á guardar firmeza y usar virtud, por Isea, cuán bien están los hombres en sus tierras, sin buscar á las ajenas; por aquella difunta ninfa, que ninguno se confie, por gallardo y robusto que sea, en la vida, ni en su mocedad; por Felesindos, la fortaleza que los hombres de grande ánimo deben tener, por poder llegar á aquella casa de descanso donde estaba la princesa Luciandra».<sup>14</sup>

Habría que destacar, pues, dos lecturas precisas de este pasaje. Por un lado, la idea de que el lector no debe quedarse en la corteza sino profundizar en lo hondo con el fin de poder comprender el misterio que se oculta en su interior, idea, por otra parte, muy conocida en la época (recordemos por poner algún ejemplo la esencia del *Lazarillo* y el *Guzmán de Alfarache*). No podemos permanecer en la superficie de las cosas sino desentrañar la verdadera intencionalidad de lo que se nos dice. Por otro lado, el recuerdo de personajes tomados del mundo mitológico (Midas, Acteón, Cineo) al lado de aquéllos que participan directamente en el relato del alcarreño (Clareo, Florisea, Felesindos...) demuestra la existencia de un mismo deseo por descubrir a través de un personaje su verdadero significado interior, su personalidad real.

Estas dos imprecisas sugerencias guardan una estrecha relación con el símil utilizado por Erasmo en el capítulo II del *Enquiridión*:

«Digo también que así como la lición de la Santa Escritura no te traerá algunas veces mucho fruto, si en la sola letra muerta te paras, y con aquélla te contentas, así, por el contrario, no te traerá poco provecho la poesía de Homero y de Vergilio, si tienes aviso que lo que dizen es figurativo, porque tienen otra doctrina y exemplos dentro, que no así tan ligeramente se muestran afuera.»<sup>15</sup>

Esta idea, que se repetirá en varias ocasiones a lo largo de la obra, reivindica la importancia de las fuentes clásicas no sólo por el deleite que supone su lectura sino también por los avisos que encierra en su interior:

«No dexaban de sentirlo así y de saber esto los poetas maguera gentiles, los quales pintando aquellos tormentos que en su infierno diz que padecían unos perversos, que ellos tienen más nombrados como son Tycio, Tántalo, Yxión, Sisifo, Penteo y otros reprovados, es cierto que con estos sus exemplos, como por figuras, nos quieren poner delante la vida desastrada y miserable de los malvados.»<sup>16</sup>

Autores como Homero y Virgilio —representados e imitados continuamente en el Renacimiento— se dignifican y actualizan como modelos de un tipo de escritura adoctrinadora a la que se accede tras la interpretación de sus palabras. A ellos es

14 *Ibidem*, p. 431.

15 *El Enquiridión*, op. cit., p. 134.

16 *Ibidem*, pp. 211-212.

necesario imitar y en esta tarea Núñez de Reinoso se destaca como un discípulo aventajado al señalar en su epístola a Juan Micas que su obra «no la escribí para que sirviese solamente de lo que sueñan las palabras, sino para avisar á bien vivir, como lo hicieron graves autores que, inventando ficciones, mostraron á los hombres avisos para bien regirse, haciendo sus cuentos apacibles por inducir á los lectores á leer su escondida moralidad.»<sup>17</sup>. Sin duda, detrás de esos «graves autores» se encuentran representados Virgilio, Horacio, Séneca y la antigüedad clásica a la que Reinoso confiesa seguir fielmente.

Erasmus, retomando una corriente del pensamiento muy del estilo renacentista, tampoco duda en confesar que el fruto de su obra se halla en la moralidad que ocultan sus doctrinas y para demostrarlo acude, como el novelista español, al mundo de la antigüedad:

«Pongamos ejemplo. Si te huelgas de leer lo que finge el otro, que los gigantes peleaban contra el cielo, y cómo su dios Júpiter con sus rayos los desbarató y consumió, aprende a saber de allí que no avemos de pelear contra Dios ni resistir a su voluntad, y que nos debemos apartar de los estudios y ejercicios que vee cada uno que son en contra de su propia naturaleza... (*Observemos la semejanza con la idea enunciada por Reinoso en la que se interpreta la batalla de los gigantes —seguramente ambos se refieren a los Gigantes mitológicos derrotados por los dioses y castigados a vivir en los infiernos eternamente por su actuación soberbia— como una metáfora para demostrar la realidad de aquellos hombres que viven sin razón, apartados de la verdad*) Item, su lees cómo dió los bebedizos la hechicera Circes a los compañeros de Ulixes como los convirtió en bestias, aprende de ahí tú luego que los hombres pierden el seso con los deleytes del mundo, que son unos poncoñosos brevajos con que se tornan de ombres en bestias (*Nuevamente es necesario aludir a Reinoso que, a diferencia del rotterdano, representa la lujuria encarnada en la figura del joven Acteón, víctima de sus propios pecados y devorado por sus perros al ser metamorfoseado en ciervo por Diana*). Si lees la sed de Tántalo diz que padece en el infierno, teniendo agua hasta la barba y no pudiendo beber della. (*Por tercera vez consecutiva debemos referirnos al alcarreño ya que éste también alude a la avaricia pero en esta ocasión está más afortunado que el holandés a la hora de elegir a Midas como reencarnación de la avaricia y no a Tántalo cuyo pecado está a mitad de camino entre la ira y la soberbia al ofrecer a los dioses la carne de su propio hijo*). Quando leyeres en el poeta aquel trabajo que padece Sisifo en el infierno en revolver una piedra y nunca acaba de trastornarla, aprende a saber cuán trabajosa y miserable es la ambición y el deseo de honra. Leyendo los trabajos de Hércules, ensénente a tí aquéllos cómo por honestos ejercicios y diligente industria, nunca cansado de obrar bien, se gana después el cielo (*honestidad y grandeza que vienen sugeridas en la obra del alcarreño por la figura de Cineo*).»<sup>18</sup>

El pasaje de Erasmo concluye con una consecuencia ejemplar que se desprende de los interrogantes planteados y que guarda una estrecha relación con el carácter moralizador de su libro: «Si a estas y otras consideraciones provechosas atendieres

17 H.C.F., p. 431.

18 *El Enquiridión*, op. cit., pp. 240-242.

cuando las fábulas lees, ¿no te parece que podrás en ella aprender lo mismo que enseñan los filósofos, y aun algo de lo que mandan los theólogos, maestros de nuestra vida.»<sup>19</sup>.

Reinoso se nos muestra así como un perfecto conocedor del mundo mitológico que va a presidir toda su obra. De una manera más certera ha descubierto la corteza que separa la lectura de la interpretación y ha ideado unos personajes a través de los cuales descubrimos una serie de experiencias personales. Siguiendo a Erasmo, superándolo incluso en algunos aspectos, el escritor español pretende, sin entrar en rigurosos planteamientos dogmáticos, asegurarse el interés de su obra aplicando la oscuridad desentrañada de los clásicos a su novela.

¿Es posible concluir entonces que Núñez de Reinoso conoció el *Enquiridión* y que algunos pasajes de esta obra guiaron la pericia literaria de nuestro novelista?, ¿podemos considerar que la fecundidad de este librito, desde el punto de vista moral, dejó honda huella en la composición de una fábula literaria ajena al marco religioso de su original y pensada bajo otros presupuestos? Si los argumentos literarios expuestos no acaban de darnos la última palabra, admitamos otros relacionados directamente con la vida de este autor.

—II—

1.—El *Enquiridión* se publica por primera vez al castellano en el verano de 1526 y surge gracias a la destacada labor de figuras importantes del clero. Personas cercanas a la idea de Erasmo —Luis Coronel, el Inquisidor General Manrique y, sobre todo, el Arcediano del Alcor, su traductor— y vinculadas a los círculos intelectuales y universitarios españoles llevaron a cabo esta empresa. Aun desconociendo la fecha exacta del nacimiento de Reinoso es muy posible que por entonces rondase e incluso no sobrepasase en mucho la treintena. Por consiguiente, nuestro escritor poseía ya una supuesta madurez intelectual, afianzada por sus estudios universitarios realizados en Salamanca, centro de discusión y propagación de las doctrinas de Erasmo en España. Por otra parte, Reinoso, gran conocedor de las lenguas clásicas, pudo haberlo leído como otros muchos la obra de aquél en su versión latina. «Es probable, afirma Bataillon, que, ya antes de 1520, en Alcalá, Salamanca, Sevilla, Palencia y otras ciudades, anduviese el *Enquiridión* en manos de canónigos ilustrados.»<sup>20</sup> Si así fuere, por estos años indicados por Bataillon, el novelista de Guadalajara cursaría en Salamanca los estudios de leyes que tan escasa huella dejaron en él y se dedicaría con más fervor a la lectura de los grandes maestros de las letras que a la desdeñable empresa de la jurisprudencia que tantos disgustos le causó.

Barajando ambas posibilidades, si consideramos que el *Enquiridión* interesó

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 242.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 15.

prontamente a un público muy variado, no debemos de extrañarnos de que Reinoso, habiendo dado ya muestras de su afición por la lectura, hubiese tenido en sus manos el tratado de Erasmo.

2.—Además, el interés del alcarreño ante la lectura de la obra del holandés es aún mayor si partimos de unos condicionantes religiosos y vitales decisivos. Así, el origen judeo-converso del escritor español se oponía por principios a la manifiesta intransigencia de los padres de la Iglesia del tal manera que los conversos al igual que otros sectores de la sociedad (alumbrados o iluministas, por ejemplo) coincidían en ocasiones con las doctrinas y pensamientos formulados por los erasmistas. El erasmismo suponía una nueva manera de entender la fe a través de unos comportamientos menos radicales y obsesivos, más sentidos, y criticaban con dureza a aquellos sectores del clero que no sólo vivían bien sino que incluso se alejaban cotidianamente de los preceptos enseñados por Jesucristo. Por tanto, la naturaleza conversa de Reinoso apoyaba el renacimiento de una voluntaria filiación religiosa que ensanchase el ámbito de la fe y permitiese sentir a Dios desde otros presupuestos menos maximalistas.

3.—En justa correspondencia, los erasmistas apoyaron abiertamente el nacimiento y resurgir de aquellos géneros literarios que consideraban más próximos a su manera de pensar. Así, la novela picaresca y la novela bizantina gozaron del público favor y el crédito de los representantes del erasmismo. La novela picaresca por su evidente contacto con la realidad, por su crítica enérgica contra aquellos sectores del clero que manifestaban con desvergüenza su falta de caridad y sus afanes de lucro, por la defensa de los marginados a los que había que ofrecerles nuevas oportunidades de vida (asilos, centros de beneficencia, hospitales...) era apoyada e incluso escrita por hombres muy cercanos al mundo de Erasmo y de conocida pertenencia al linaje judío (Aleman, Lope de Úbeda, probablemente el anónimo autor del *Lazarillo...*).<sup>21</sup>

La novela bizantina también fue defendida por las críticas erasmistas. A pesar de su ambientación en parajes lejanos y exóticos, del incesante ir y venir de sus protagonistas y de algunas situaciones increíbles, las novelas de amor y de aventuras encerraban un alto grado de verosimilitud y enseñanza moral y adoctrinadora (la vida como peregrinación, la providencia, el destino) muy superior a los libros de caballerías y a las novelas sentimentales. Incluso nombres relacionados de una u otra manera con el nacimiento del género (Juan de Vergara, Vives, el anónimo autor de la edición de Amberes del *Teágenes y Cariclea*, etc.) sufrirán en propias carnes las consecuencias del enfrentamiento contra el poder inquisitorial en defensa de sus oposiciones erasmistas. Erasmo y judeo-converso, novela bizantina y erasmismo son conceptos que en algunos momentos de la vida española y salvando precisiones

---

21 Baste citar aquí a estudiosos tan destacados como Bataillon, Márquez Villanueva, Américo Castro, Rico o Cross, entre otros, que con notable éxito se han ocupado de estudiar estos temas aplicados a la narrativa picaresca.

evidentes de forma y contenido, funcionan en un mismo marco o, al menos, se encuentran muy cercanos en sus apreciaciones sobre la sociedad.

Constance H. Rose ofrece una serie de razones que considera imprescindibles para entender el interés que la novela bizantina suscitó entre los erasmistas y el pueblo en general. Así, habla de la fortuna, los sueños, la composición y estructura del relato y concluye: «the appeal of the Byzantine novel to translators and readers alike was that it transmitted a message of hope to a despairing people for whom it depicted fictional characters combating fortune. The reading public could identify with the plight of the hero, agonize over his perils, and rejoice in his victory. His triumph was the substance of their dreams.»<sup>21</sup>

4.—Existe, finalmente, un hecho significativo que puede explicar la relación de Reinoso con los círculos erasmistas portugueses y europeos en general. Esta viene asegurada por la amistad que une al de Guadalajara con don Francisco Pereira a quien dedica la traducción portuguesa de alguna de sus composiciones poéticas más interesantes. Eugenio Asensio<sup>23</sup>, a quien el azar sonrió poniendo en sus manos una versión de la égloga *Baltea* anterior a la publicada en Venecia, señaló que ésta iba dedicada al señor Francisco Pereira. Desde Ciudad Rodrigo, Núñez de Reinoso le declara su amistad en el convencimiento de que estas obras tan poco pulidas y sin ningún orden especial puedan ser del agrado de aquél en un prólogo lleno de tópicos literarios. De él entresacamos algunos pasajes:

«...si no estuviera prendado de lo que había escrito, no pensé acabar, temiendo los muchos murmuradores indotos que, más con envidia que con doctrina, siempre procuran de tener nombres de Sufenos. El qual, no hallando qué reprender en la persona de Venus, le reprendió el chapin, por no perder su oficio, con que se diga por ellos que «no todos los hombres pueden ir a Corinto.»<sup>24</sup>

De entrada, la referencia final a Erasmo indicada por Asensio resulta intrigante: «Hasta aquí los preliminares inéditos, escritos en estilo latinizante, con el verbo al final, y sembrados de flores de papel humanísticas, tales como el adagio cogido acaso de Erasmo «no todos los hombres pueden ir a Corinto» (= Non est cuiuslibet Corinthum appellere)»<sup>25</sup>.

El ilustre estudioso trata de descubrir como paso siguiente de su trabajo la personalidad del destinatario al que va dirigida la noticia llegando a la conclusión de que «es Francisco Pereira el primer «morgado» de Britiandos (o Bertiandos), hijo de Lopo Pereira, muerto en 1526... vecino, y probablemente emparentado con Antonio

22 Rose, Constance H., *Alonso Núñez de Reinoso: the lament of a Sixteenth Century Exile*, Fairleigh Dickinson University Press, 1971, p. 160.

23 Asensio, E., «Alonso Núñez de Reinoso «gitano peregrino» y su égloga *Baltea*» en *Studia Hispanica in Honorem R. Lapesa, I*, Madrid, Gredos, 1972.

24 *Ibidem*, p. 125.

25 *Ibidem*, p. 126.

Pereira el de Cabeceiras de Basto, viviendo junto a Sá de Miranda, parece ofrecer mayores posibilidades de ser el amigo a quien Reinoso dedica su obra.»<sup>26</sup>

Si, como parece, las investigaciones de Asensio van por buen camino, el nuevo destinatario de la égloga sería un familiar de una de las figuras más representativas del erasmismo portugués. Nos estamos refiriendo a Antonio Pereira Marramaque, señor de Bastos, en cuya finca de la Fonte da Barroca recibió amistosamente a Sá de Miranda y, casi con certeza, a Núñez de Reinoso. Como ha señalado Menéndez y Pelayo, don Antonio Pereira «hizo correr en manuscritos... un tratado sobre aquel versículo del salmo XVIII, *Lex Domini immaculata*, en forma de diálogo entre el gallo y otro animal, pretendiendo probar que la Biblia debe traducirse en lenguas vulgares; un *Tratado sobre el poder del Sumo Pontífice en materia de encomiendas*, y otro en que reprendía el estado monacal. Todas estas obras fueron prohibidas por el *Index expurgatorio* en 1624.»<sup>27</sup> Estas cuatro razones permiten suponer con cierto rigor que Núñez de Reinoso pudo haber conocido esta obra de Erasmo, al tiempo que resaltan su vinculación a ciertos personajes ligados al movimiento erasmistas.

### —III—

Núñez de Reinoso, exiliado errante, pudo llegar a conocer la doctrina de Erasmo. Esta sugerencia es perfectamente explicable. Un joven universitario que se mueve en los círculos donde se valora con más fuerza y tesón la doctrina de éste; un judeo-converso que se rebela contra las injusticias; un exiliado obligado a huir de su país y recorrer un difícil camino (Portugal, Alemania, probablemente Amberes) hasta estalecerse en Venecia (no sabemos aún si definitivamente); un ser rodeado de amigos defensores de las tesis de Erasmo, no podía dejar pasar la ocasión para convertir su pluma en un instrumento de crítica y defensa de los suyos. Y así, de la misma manera que exalta la grandeza y valor de doña Gracia Nasi, su mecenas, a lo largo del *Clareo*, también pudo seguir al hombre que dirigía una reforma sincera de los estamentos religiosos a través de sus escritos. Un autor de la cultura literaria del alcarreño no podía estar ajeno a la reconocida y editada obra del maestro holandés.

De ahí que el *Enquiridión*, el manual que enseña al cristiano a enfrentarse a los peligros de la fe, le sirviese como modelo a través del cual introducir una serie de alegorías directamente conectadas con la realidad en que vivía. Guiado por esencia del *Enquiridión*, Reinoso entrevió la posibilidad de ampliar la oscura moralización de su obra a un círculo más variado, no sólo de judeo-convertos exiliados sino también de erasmistas y del público en general, que seguía fervientemente las ideas vertidas por el rotterdorado en sus obras.

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 127.

<sup>27</sup> Menéndez Pelayo, M., *Historia de los heterodoxos españoles*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, t. IV, 1978, pp. 169-170.

Los ejemplos citados permiten creer en la posibilidad de unir ambas obras (el *Clareo* y el *Enquiridión*) en un destino común. Es evidente que el novelista español perseguía otros empeños más literarios y menos moralizadores que los que movieron a Erasmo a componer su obra y que, por consiguiente, ambas cosecharon resultados distintos. Sin embargo, ello no es óbice, en mi opinión, para pensar que el alcarreño hubiera imitado en su *Clareo y Florisea* a una de las figuras más valoradas y controvertidas de su época.

MIGUEL A. TEIJEIRO FUENTES